

CAPÍTULO XVIII.

De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gaban, con otras cosas estravagantes.

HALLÓ Don Quijote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada y trasformada Dulcinea, y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:—

¡O dulces prendas por mí mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios queria¹.

¡O tobosescas tinajas, que me habeis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de Don Diego, que con su madre habia salido á recibirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de Don Quijote, el cual, apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y Don Diego dijo:—Recebid, señora, con vuestro sólito agrado el señor Don Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero y el mas valiente y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el

¹ Estos dos versos son de Garcilaso de la Vega, con que empieza el soneto X, y en ellos imitó á Virgilio (*lib. IV*, v. 651.)

Dulces exuvia, dum fata deusque sinebant.

Gregorio Hernandez de Velasco tradujo este verso así:

*¡O dulces prendas cuando Dios queria,
Y me era amigo mi infelice hado!*

estudiante, que en oyéndole hablar Don Quijote, le tuvo por discreto y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero el traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la historia, la cual mas tiene su fuerza en la verdad que en las frias digresiones. Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en balones y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones¹: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo, con cinco calderos, ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se labó la cabeza y rostro, y todavia se quedó el agua de color de suero: merced á la golosina de Sancho, y á la compra de sus negros requesones que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía salió Don Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian: que por la venida de tan noble huésped queria la señora Doña Cristina mostrar que sabia y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre:—¿Quién dirémos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.—No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego, solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion ó tontería lo que mas puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Quijote á Don Lorenzo:—El señor

¹ El tahalí (dice Covarrubias en su *Tesoro*) es un cinto ancho, que cuelga desde el hombro derecho hasta lo bajo del brazo izquierdo, del cual hoy día los turcos cuelgan sus alfanges; y muchos de los nuestros, enfermos de los riñones, por hacerles daño la pretina, cuelgan las espadas de los tahalíes.

Don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.—Poeta bien podrá ser, respondió Don Lorenzo, pero grande ni por pensamiento: verdad es que soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice.—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.—No hay regla sin escepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.—Pocos, respondió Don Quijote: pero dígame vuesa merced, ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos, y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personage es el nombre de primero.—Hasta ahora, dijo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas: ¿qué ciencias ha oído?—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía y aun dos deditos mas.—No sé que ciencia es esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia.—Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las mas ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los des poblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuantas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y

cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolas ó Nicolao¹: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las mas estiradas que en los ginsios y escuelas se enseñan.—Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.—¿Cómo si es así? respondió Don Quijote.—Lo que yo quiero decir, dijo Don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas.—Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes, y por parecerme á mí, que si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia. No quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuan provechosos y cuan necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.—Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí Don Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato flojo, si así no lo creyese. Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él res-

¹ En el siglo XV, dice Pero Magia en la *Silvia de Varia leccion*, existió un hombre natural de Catania, que estaba mas en el agua que en tierra, pasando desde Sicilia al continente, y de éste á Sicilia, hasta que desapareció un día en que echándole el rey de Nápoles Don Fadrique una taza de oro, se sumergió á recogerla y desapareció. Esta historia de que muchos dudaron, se hizo mas verosímil despues de la aparicion del hombre de Liéganes en las costas de la montaña de Santander, que, segun la partida de bautismo que existe, se llamó Francisco de la Vega Casar; nació en 1660, vivió algunos años, y habiéndose arrojado al mar, fué cogido por unos pescadores de la bahía de Cádiz en sus redes, y se le condujo á su pueblo, de donde, pasado algun tiempo, se volvió al mar, sin que se haya sabido mas de él; así lo asegura Feijoo en sus cartas.—(Clemencin.)

pondió:—No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como Don Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que mas se contentó Don Quijote, fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á Don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió:—Por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos, los niegan, y cuando no se les piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la he hecho.—Un amigo y discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se habia de cansar nadie en glosar versos, y la razon, decia él, era que jamas la glosa podia llegar al testo, y que muchas ó las mas veces iba la glosa fuera de la intencion y propósito de lo que pedia lo que se glosaba, y mas que las leyes de la glosa eran demasidamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.—Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo Don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.—No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme.—Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen de esta manera:

*Si mi fué tornase á es,
Sin esperar mas será,
O viniere el tiempo ya
De lo que será despues.*

GLOSA.

Al fin como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna, un tiempo no escasa,
Y nunca me la volvió,
Ni abundante, ni por tasa.

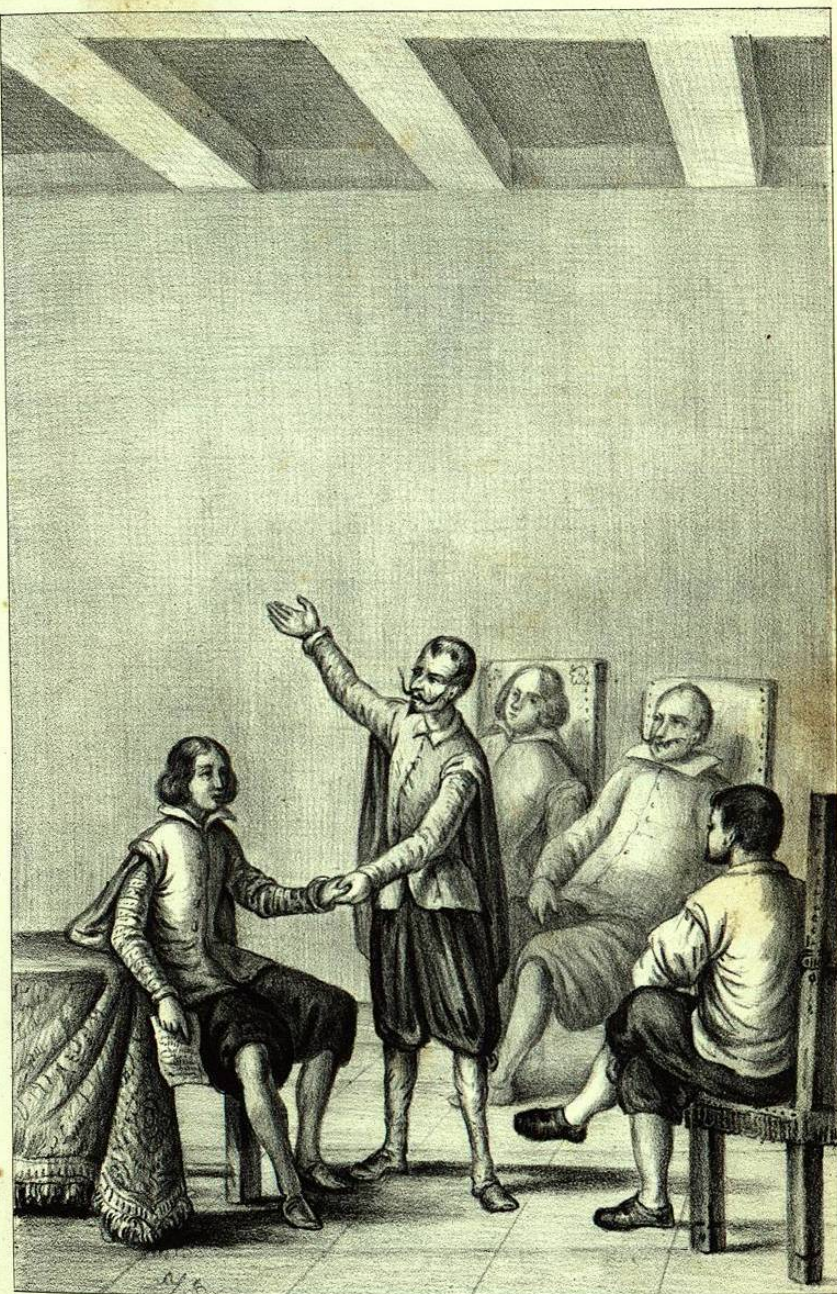
Siglos ha ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus piés,
Vuélveme á ser venturoso,
Que será mi ser dichoso,
Si mi fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra vitoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
Todo el rigor de mi fuego,
Y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
Pues volver el tiempo á ser,
Despues que una vez ha sido,
No hay en la tierra poder,
Que á tanto se haya estendido.
Corre el tiempo, vuela y va
Ligero, y no volverá,
Y erraria el que pidiese
O que el tiempo ya se fuese,
O viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.
A mí me fuera interes
Acabar; mas no lo es,
Pues con discurso mejor
Me da la vida el temor
De lo que será despues.

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pié Don Quijote y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenzo, dijo:—Viven los cielos, donde mas



altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Aténas si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaeté y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenia por loco? ¡O fuerza de la adulacion, á quanto te estiendes y cuan dilatados límites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote, diciéndole este soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe:

Soneto.

El muro rompe la doncella hermosa,
Que de Píramo abrió el gallardo pecho,
Parte el amor de Chipre, y va derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa
La voz entrar por tan estrecho estrecho;
Las almas sí, que amor suele de hecho
Facilitar la mas difícil cosa.

Salió el deseo de compas, y el paso
De la imprudente vírgen solícita
Por su gusto su muerte: ved que historia,
Que á entrambos en un punto ¡ó extraño caso!
Los mata, los encubre y resucita
Una espada, un sepulcro, una memoria.

—Bendito sea Dios, dijo Don Quijote, habiendo oido el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mio, que así me lo da á entender el artificio deste soneto. Cuatro dias estuvo Don Quijote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abun-

daba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimesmo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniere, que le servirian con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el día de su partida, tan alegre para Don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo mas necesario que le pareció, y al despedirse dijo Don Quijote á Don Lorenzo:—No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y mas con las que añadió diciendo:—Sabe Dios, si quisiera llevar conmigo, al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anexas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno que por el propio: porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partieron.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

POCO trecho se habia alongado Don Quijote del lugar de Don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia, como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate, el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayeron en la mesma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo, y para obligarlos, en breves razones les dijo quien era y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el Caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en gerigonza¹; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo:—Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que

¹ Voz nebraico-griega, que significa *lengua de advenedizos* ó extranjeros, y como lo son los gitanos, se llama *gerigonza* su lengua particular, ó su *germania*.